

EL IDIOMA COMO JUEGO SOCIAL

LA CONCIENCIA SOCIOLINGÜÍSTICA DEL PORTEÑO

Gran parte de los estudios sociolingüísticos actuales giran en torno a un aspecto fundamental de la lengua descubierto hace relativamente poco tiempo: su fondo social. En muchos países del mundo los científicos han reconocido que la comunicación humana no puede analizarse ya como una entidad abstracta, sino que hay que estudiarla como resultado de un proceso social muy particular. Uno de los problemas que más frecuentemente aparecen es la relación entre estructuras sociales y variaciones lingüísticas. Las cuestiones concretas que se plantean son las siguientes: ¿hasta qué punto las variantes de una lengua se deben a factores sociales?, ¿en qué grado participan los cambios de la sociedad en su desarrollo lingüístico? y ¿hay conciencia de estos nexos?

Los dos primeros aspectos han sido tratados de manera bastante satisfactoria en algunos países. No podemos decir lo mismo del español de Buenos Aires, el objeto del presente estudio. Más importante nos parece, sin embargo, el tercer punto mencionado, cuyo análisis puede llevarse a cabo a partir del español porteño, variante muy rica en matices y producto de una situación histórica particular: ambos hechos le confieren a esta variedad un aspecto polifacético, que difícilmente podríamos encontrar en otra metrópoli hispanohablante.

Hasta hoy sabemos muy poco del fondo social de la variante en cuestión. En este aspecto no debemos dejarnos engañar por la amplia bibliografía existente, ya que ésta enfoca sobre todo la posición del español argentino frente al europeo u otros problemas de índole puramente lingüística¹. Tampoco

¹ Cfr. CARLOS A. SOLÉ, *Bibliografía sobre el español en América 1920-1967*, Washington, 1970, págs. 63-78, y JACK E. DAVIS, *The Spanish of Argentina and Uruguay. An Annotated Bibliography for 1940-1978*, Berlin-Amsterdam, 1982.

sirven para nuestro caso las discusiones acerca del valor del lenguaje rioplatense, cuyo ejemplo más ilustre es la polémica entre Américo Castro y Jorge Luis Borges². Ni siquiera el tan fervorosamente comentado tema del lunfardo ha sido analizado desde un punto de vista sociolingüístico, siendo más bien considerado como fenómeno literario o lexicológico en el sentido estricto de la palabra. Veremos más adelante la importancia de reconsiderarlo de manera un poco diferente.

La discusión que sigue tiene como objetivo el análisis del español de Buenos Aires tal como lo ven los mismos habitantes de la ciudad, a fin de comprobar hasta qué grado son conscientes de su papel en la acuñación lingüística. Antes de entrar en detalles nos parece de provecho citar un suceso que demuestra cuán poco valor semántico se le atribuye a veces a la lengua en la capital argentina y cuánta presión ejerce lo social.

Una señora del "Barrio Norte", la zona considerada como más elegante de Buenos Aires, se lamentaba de que su personal, por falta de educación, no conociese el plural. Durante meses y meses se veía obligada a corregir a sus empleadas las listas de compras, que no traían la tan elemental "ese" del plural. "Dos naranjas", les decía, no "do naranja" era lo que tenían que traerle del mercado. Pero, con o sin la pronunciación correcta del plural, nunca dejaron de comprar lo que se les había pedido. No hay duda de su conocimiento del plural, a pesar de las divergencias en la realización fonética del mismo según el origen social.

La polémica de las naranjas es un ejemplo muy ilustrativo de la importancia social atribuida al español en Buenos Aires. Nuestra tarea será analizar no solamente agrupaciones y fronteras sociales patentes en el idioma, sino sobre todo aclarar si son reconocidas como tales.

Nuestro estudio se basa en más de cien entrevistas con personas de habla porteña y sirve como fundamento para un análisis más amplio de algunos fenómenos concretos dentro

² Cfr. JORGE LUIS BORGES, "Las alarmas del Dr. Américo Castro", en *Otras adquisiciones*, Buenos Aires, 1952, págs. 35-42.

del ámbito fonético-fonológico. La ciencia del lenguaje actual cuenta con varios métodos para poner de relieve diferencias lingüísticas basadas en la estructura social; queremos destacar entre ellos el trabajo fundamental de William Labov³.

Pero, si bien hay concordancia en cuanto a la existencia de diferencias sociolingüísticas, sin embargo, no se ha estudiado en detalle su presencia en la mente de los hablantes; no contamos con ningún método seguro para poner de relieve hasta qué grado hay conciencia activa de estos fenómenos. Como el valor social de los rasgos en cuestión escapa a la observación directa del investigador, es imprescindible desarrollar un procedimiento que tenga en cuenta la capacidad evaluativa de los mismos hablantes frente a aspectos sociales del lenguaje; sólo a partir de entonces podemos juzgar objetivamente las variantes lingüísticas en cuestión.

El enfoque particular de nuestro trabajo es, por lo tanto, investigar problemas que la misma gente reconoce como tales. Nos basaremos en los resultados de una encuesta llevada a cabo en Buenos Aires durante una estancia entre julio y octubre de 1983. Una parte de esta encuesta fue preparada especialmente para el análisis de la conciencia sociolingüística de los porteños y la presentamos a 98 personas, 49 mujeres y 49 hombres. Estas personas fueron seleccionadas según los tres criterios sociales clásicos, la edad, el sexo y la clase social⁴. El último criterio es solamente provisional, dada su difícil definición, y fue calculado a partir de los índices de educación, profesión y lugar de residencia. Veremos en el curso del trabajo que existen otros métodos más lingüísticos para definir la clase social.

Veamos cuáles son los problemas examinados. En un primer lugar cabe analizar la capacidad de establecer relaciones entre forma de hablar y estructura social; algunas de nuestras preguntas acerca de particularidades lingüísticas

³ WILLIAM LABOV, *The Social Stratification of English in New York City*, Washington, 1966.

⁴ Cfr. GINO GERMANI, "La movilidad social en la Argentina", en SEYMOUR LIPSET AND REINHARD BENDIX, *Movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires, 1963, pág. 353.

sirven también para este fin. En un segundo lugar trataremos de investigar problemas sobre la norma sociolingüística tal como la establecen los encuestados; se tratará de estudiar actitudes positivas o negativas frente a variantes del español local y la influencia que podrían tener sobre su aspecto actual o venidero. Por último, consideraremos algunos problemas concretos, dos históricos y dos sincrónicos, para comparar la conciencia sociolingüística general con reacciones concretas.

He aquí las 17 preguntas del cuestionario:

1. En mi país hay diferencias de pronunciación que podrían calificarse con la escala siguiente: pronunciación afectada, esmerada, normal, popular y vulgar. ¿Existe lo mismo en Buenos Aires?
2. Teniendo en cuenta la escala anterior, ¿cómo le parece que habla un empleado medio de banco?
3. ¿Cómo habla un médico?
4. ¿Cómo habla un chofer de ómnibus?
5. ¿Hay algún barrio en Buenos Aires donde se hable especialmente mal?
6. ¿Le gustaría vivir en este barrio?
7. ¿Hay emisiones de radio o de televisión donde los actores pronuncien de manera especialmente popular o vulgar?
8. ¿Cómo habla Ud. en su trabajo?
9. ¿Cómo habla en casa?
10. ¿Sus padres le enseñaron regularmente cómo tenía que pronunciar o hablar?
11. ¿Le parece importante esto?
12. ¿Ud. reconoce un hijo de italianos nacido en Buenos Aires por alguna particularidad en su manera de hablar?
13. ¿Cómo reconoce Ud. un turista español por su habla?
14. ¿Sabe lo que es el lunfardo?
15. ¿Quién lo habla?
16. ¿Qué es "comerse las eses"?
17. ¿Qué es hablar con "Zeísmo"?

Antes de ver las preguntas en detalle cabe poner de relieve el resultado más significativo del estudio: el 96,5% de ellas fueron contestadas. Teniendo en cuenta que la cifra total

de preguntas se eleva a 1.666, es muy llamativo este hecho y demuestra el gran interés de nuestros encuestados por los problemas planteados. Comparando los diferentes grupos sociales — cuyo nivel educativo es muy distinto —, podemos observar que hasta en la clase baja existe una gran disposición a la reflexión lingüística.

La forma poco precisa de algunas de nuestras preguntas demostró su eficacia al suscitar comentarios adicionales en los que apareció también cierta actitud emocional, muy útil para este tipo de estudio. Prácticamente nadie se limitó a dar la información requerida, hecho éste que pone de manifiesto nuevamente el placer de nuestros encuestados por comentar el idioma desde un punto de vista social.

La primera pregunta fue contestada de modo afirmativo por todos los encuestados; hay que tener en cuenta, sin embargo, que algunos de ellos se referían a diferencias dialectales más que sociales. Estas personas veían particularidades del idioma en el habla de inmigrantes bolivianos, chilenos o paraguayos, ignorando la problemática diastrática. La mayoría interpretó nuestra escala en un sentido social.

Las tres preguntas siguientes tenían la doble finalidad de controlar la validez de nuestra clasificación social en tres estratos, clase alta, media y baja, y de evaluar la posición de estos grupos frente a sí mismos y frente a los demás. Para ayudar a tomar una decisión volvíamos a señalar la escala de la primera pregunta como una más entre muchas posibles.

Para simplificar el primer análisis de las preguntas 2 a 4 agruparemos los términos “afectado y esmerado” (A-E) por un lado, “popular y vulgar” (P-V) por el otro, y dejaremos el habla “normal” (N) en el medio.

La pregunta 2 dio como resultado una mayoría del 48% de respuestas que calificaban el habla del “empleado medio de banco” como “normal”. El 27% optó por (A-E) y el 22% por (P-V). El caso del “médico” ya encontró una definición ligeramente más homogénea, con una mayoría del 51% que se decidió por (A-E); el 35% de las respuestas dio (N), el 14% (P-V). Si en las dos primeras profesiones — típicas de dos clases sociales — observamos ligeras vacilaciones hacia

ambos lados de la escala propuesta, todo cambia en el caso del "colectivero" como representante del estrato más bajo. Un impresionante 92% de las respuestas califica su habla como (P-V).

El conjunto de las respuestas traza límites muy claros entre las maneras de hablar de las tres profesiones mencionadas: a cada representante le corresponde un modo específico de hablar, según la opinión global de nuestros encuestados. ¿Cómo explicar, sin embargo, la gran discrepancia entre el juicio acerca del colectivero y las demás profesiones?

Si volvemos a mirar nuestra escala vemos que tres de los términos propuestos son más o menos neutros desde un punto de vista social; las etiquetas "vulgar" y "afectado" llevan en sí cierta connotación negativa, no sólo en el plano lingüístico. La divergencia observada arriba puede explicarse si tenemos en cuenta esta connotación; salta a la vista mucho más claramente si separamos los cuatro términos antes agrupados en dos clases. En el caso del médico obtenemos un 6% de calificaciones "afectado", en el del colectivero un 51% mayoritario para el término "vulgar". La primera conclusión que se impone es que el extremo (A) llama mucho menos la atención que el extremo (V); sólo el último término es reconocido por una mayoría y sólo él se considera como fuertemente negativo. Por el momento, el desprestigio social del tipo "vulgar" es solamente una hipótesis que adelantamos, pero veremos en otras ocasiones que es una realidad concreta.

Sólo tres personas calificaron el habla del colectivero como "normal", lo que vuelve a indicar la fuerte presión de factores sociales en la evaluación de problemas lingüísticos.

El caso del médico es inverso y muestra porcentajes que descienden de manera radical hacia el extremo "vulgar" de nuestra escala; sólo el empleado de banco carece de una definición muy clara, ya que acusa oscilaciones importantes hacia ambos lados de lo "normal".

Volviendo a considerar los resultados de las preguntas 2 a 4 en su totalidad, podemos decir que justifican nuestra escala social provisional. No solamente hay conciencia de

diferencias en el habla sino también capacidad de relacionarlas con las estructuras de la sociedad bonaerense. Aunque fuera discutible la elección de los representantes propuestos no se puede ignorar el resultado claro, bastante homogéneo a pesar de la posibilidad de interpretar individualmente nuestra escala por parte de los encuestados.

El análisis de cada uno de los estratos sociales tomado por separado muestra también particularidades que no carecen de interés. Si comparamos el comportamiento de cada clase frente a su representante con la pauta general de arriba podemos observar una concordancia sorprendente. Así, la clase baja considera su habla como (P-V) en un 82% de las respuestas, la capa intermedia define el empleado de banco como lingüísticamente "normal" en un 71% y la clase alta arroja el tipo (A-E) en un 49%. El factor del desprestigio social que mencionamos antes parece presente incluso en el grupo donde más peso tiene: la clase baja. No ocultaremos nuestra sorpresa ante tal resultado: habíamos esperado que cada grupo calificase el habla de su representante mayoritariamente como "normal".

A pesar de la concordancia sorprendente entre la pauta general y la actitud de los diferentes grupos frente a uno de sus representantes podemos observar ciertas particularidades, mucho más acusadas cuando se trata de juzgar a un grupo social ajeno que cuando se evalúa al representante del propio estrato. Proponemos los términos de "actitud crítica" y "auto-crítica" para las páginas que siguen.

Empezando por la clase baja vemos que tiene el mayor porcentaje de valores (A-E) para definir el habla del médico (60%) y el menor índice (P-V) frente al colectivero (82%); inversamente, la clase alta da el resultado (P-V) para el colectivero en un 100% y un valor relativamente bajo de (A-E) para el médico (49%).

El grupo intermedio es más difícil de juzgar ya que la manera de hablar que se le atribuye carece de connotaciones. Lo que sí puede destacarse es la enorme discrepancia entre el índice general (48% de calificaciones "normal") y el valor autocrítico de (N), que se eleva al 71%. Esta diferencia entre

actitud crítica y autocrítica es más pronunciada que en cualquier otra clase. Es la primera vez que nos tropezamos con un comportamiento particular del estrato medio, observado ya en varios trabajos de índole sociolingüística⁵; dicho sea de paso, se trata además del único grupo encuestado cuyos miembros nunca dejaron de contestar las preguntas 2 y 4.

Siguiendo en el análisis cada vez más detallado de las respuestas, podemos notar también diferencias entre el comportamiento de las mujeres y el de los hombres. En términos generales puede decirse que la actitud autocrítica de los hombres no se aleja mucho del cuadro general: parecen conformarse con las calificaciones mayoritarias ilustradas arriba. Las mujeres, sin embargo, oscilan mucho más en su juicio autocrítico.

Encontramos mucha más divergencia entre ambos sexos en la reacción crítica de los encuestados. Si recordamos la pauta general de los representantes "médico" (habla (A-E)) y "colectivero", aparece muy claramente que el factor social tiene un peso más fuerte sobre el juicio de las mujeres. Contrariamente al grupo masculino, las mujeres de clase baja y media evitan por completo el concepto de habla "afectada" aplicado al médico; inversamente el colectivero es juzgado como más "vulgar" por las mujeres de los estratos alto y medio que por los hombres de los grupos respectivos.

A la vista de los dos últimos ejemplos, nos parece poder afirmar que las mujeres muestran una mayor conciencia sociolingüística en el sentido de que su reacción frente a otros grupos y sus formas particulares de hablar se deja guiar más por el estigma o prestigio social inherente a tales formas. Las dos preguntas siguientes de nuestro cuestionario ilustrarán mejor esta afirmación.

Las preguntas acerca del "barrio con formas de hablar malas" están fuera del ámbito sociolingüístico propiamente dicho y sirven para examinar más detalladamente — de lo que pudimos hacerlo hasta ahora — eventuales actitudes de

⁵ Cfr. WILLIAM LABOV, *ob. cit.*, y MARÍA BEATRIZ FONTANELLA DE WEINBERG, *Dinámica social de un cambio lingüístico*, México, 1979, pág. 63.

rechazo frente a grupos de habla "marginales". Elegimos el concepto "antilingüístico" de "habla mala" para suscitar reacciones emocionales mayores que en las preguntas anteriores.

Los resultados arrojados por este análisis son muy sugestivos y corroboran algunas de nuestras conclusiones anteriores. El 44% de los encuestados define como mala el habla de los barrios humildes de la ciudad: La Boca, la zona del puerto, Avellaneda y sobre todo las villas miseria. Estos son aceptados tradicionalmente como de baja categoría social y económica⁶. Nuevamente quedamos asombrados ante la unanimidad del juicio de las tres clases encuestadas. Ningún grupo se aleja considerablemente del índice general del 44%; ni siquiera la misma clase baja rechaza la opinión general según la cual se habla mal en sus propios barrios, mostrando un índice del 47% al respecto.

Al lado de la respuesta mayoritaria no carece de interés otra, según la cual es posible encontrar formas de hablar defectuosas en todos los barrios de la ciudad. Las cifras de esta opinión, más aceptable desde un punto de vista puramente lingüístico, son las siguientes: 38% en la clase baja, 20% en el estrato intermedio y 13% en el alto.

Juntando ambos resultados podemos concluir diciendo que la conciencia de barreras sociales en el español porteño es bastante grande en todos los niveles. Sin embargo, hay divergencias mayores en cuanto al lugar concreto donde aparecen tales barreras: la clase baja, consciente de su posición sociolingüística, muestra cierta indulgencia frente a sí misma cuando alude a la deficiencia lingüística de otros barrios; la clase alta defiende su posición privilegiada alejando de sí la falta de corrección y buscándola al mismo tiempo en los barrios humildes (53%).

Si la clase media tiene el menor porcentaje en la relación de zonas pobres y formas incorrectas de hablar no es porque el problema le sea indiferente sino porque mira hacia ambos

⁶ Careciendo de otros estudios más detallados, señalamos la representación socioeconómica del Gran Buenos Aires en HORACIO A. DIFRIERI, *Atlas de Buenos Aires*, t. I, Buenos Aires, 1981, pág. 488f.

lados de la escala social: el 12% de sus respuestas indica los barrios elegantes como cuna del malhablar. En este conjunto no faltan tampoco las diferencias de sexo ya observadas: las mujeres son mucho más críticas frente a los estratos alto y bajo que los hombres. Además, ninguna mujer reconoce la existencia de formas de hablar criticables en los barrios intermedios, es decir, en su propia zona de residencia.

Por último quisiéramos detenernos un poco en el resultado más interesante de la pregunta número 5: la fuerte carga emocional ligada al desprestigio social. Dado que el término de "hablar mal" fue presentado sin definición ni ejemplos, nuestros encuestados tenían la posibilidad de elegir entre dos opciones. Por un lado podían rechazar el concepto por la falta de criterios objetivos o delimitar lo que realmente consideraban como "malo"; por otro lado podían limitarse a su experiencia social subjetiva, poniendo en relación modos de hablar defectuosos con capas estigmatizadas de la sociedad. La mayoría de los encuestados optó por la segunda alternativa; sólo 5 mujeres (!), 4 de clase alta y una de clase baja, rechazaron nuestro concepto por su falta de precisión. No es necesario hablar en porcentajes frente a este resultado que vuelve a demostrar la fuerte tendencia a borrar los límites entre formas desestimadas de hablar y capas sociales de bajo prestigio, tendencia más acusada en el grupo femenino de nuestros encuestados; por otro lado, sólo entre ellas se puede observar algún caso de un comportamiento más objetivo.

Basándonos en el conjunto de las cinco preguntas anteriores podríamos formular algunas conjeturas en cuanto al intercambio lingüístico entre las diferentes capas sociales. Aunque el presente análisis no se propone demostrar si realmente hay elementos del habla que pasan de un grupo a otro, es posible indicar hasta qué grado los diferentes niveles sociales están dispuestos a aceptar fenómenos de afuera.

La muy evidente tendencia a criticar más los extremos "inferiores" del habla porteña hace suponer que no se dan intercambios iguales en todas las direcciones, sino más bien de arriba hacia abajo. Tal influencia unidireccional fue mencionada por varias personas encuestadas; veremos algunas opciones individuales concordantes con nuestra teoría.

Menos problemático parece el caso del estrato bajo. Dado que la mayoría de los encuestados de la clase media y la alta califica el habla de este grupo con el término sugestivo de “vulgar”, no hay que esperar mucha contribución desde los niveles inferiores. Nuestra hipótesis es corroborada por afirmaciones emanadas de los grupos superiores; según éstas, el lenguaje popular o vulgar sólo era imitado para fines humorísticos. En estas imitaciones los rasgos populares del habla correspondían a afectaciones que ponían de relieve los elementos estereotipados del estrato bajo.

Aunque el resultado general para nuestro “empleado de banco” muestre divergencias mayores en el juicio, tampoco es difícil calificar la posible influencia lingüística de su estrato, la clase media. No es ilícito ver en ella cierto modelo digno de imitar por la clase baja. Efectivamente, un porcentaje muy bajo (18%) de índices (P-V) se opone al juicio de la clase alta para quien el “empleado de banco” es mucho más desestimado (35% de valores “vulgar o popular”). Lo que sirve de modelo para los estratos inferiores es desechado por los niveles sociales superiores.

El último grupo, representado por el “médico”, aparece como el más digno de imitar en cuanto a hábitos lingüísticos. Contrariamente a lo que pudimos constatar en el caso del “colectivero”, no hay porcentajes elevados para el término (A) de connotación negativa, sino una neta mayoría para el tipo de habla “esmerada”. Subrayemos, sin embargo, las diferencias de sexo en el comportamiento crítico de los encuestados. Las mujeres de ambas clases inferiores no mencionan nunca el término (A), oponiéndose de esta manera a los hombres, que parecen rechazar más el habla de la clase alta, mencionando alguno que otro “afectado”; curiosamente, en la misma clase alta, la imagen es inversa. Sería precipitado deducir de esto que las mujeres de ambas clases inferiores aceptan la clase alta sin reservas como modelo lingüístico: no hay que olvidar que precisamente las mujeres de la capa intermedia calificaron el habla del “médico” como (V) en un 25%; además, algunas encuestadas de este grupo insistían en su rechazo categórico frente al habla del grupo más alto.

Es difícil sacar una conclusión tajante a raíz de estos resultados bastante divergentes. Seguramente, los hábitos lingüísticos del estrato superior tienen mayor carácter normativo que los demás, pero su influencia parece ser poco homogénea en su totalidad.

Pasemos ahora a la pregunta siguiente, destinada al análisis de dos grandes medios de comunicación y su papel lingüístico normativo. Teniendo en cuenta que la televisión ocupa hoy en día un lugar primordial en la divulgación de informaciones no podemos descartar que funcione también como factor poderoso en los cambios del idioma. Tal influencia no es ignorada por nuestros encuestados ni, lógicamente, por la ciencia. Como no tenemos informaciones detalladas sobre el caso de la Argentina, trataremos de considerar este problema sirviéndonos de nuestro cuestionario.

En la discusión anterior concluimos que el rechazo de las formas populares o vulgares de habla excluía la divulgación general de estas variantes. ¿Cómo es posible que tenga influencia lingüística la televisión si el 89% de nuestros encuestados insiste en el carácter popular o vulgar de algunas, a veces de “todas” las emisiones televisivas? ¿Tenemos que corregir nuestra hipótesis o hay otra explicación que no excluya el caso presente?

La solución de esta aparente paradoja reside en el carácter particular de la televisión argentina, la cual refleja en sus emisiones las estructuras sociales tal como se presentaron arriba: la marcada diferenciación social, con sus tipos de habla correspondientes, aparece en la televisión a través de frecuentes emisiones cuyo único propósito parece ser la caricatura de tales diferencias. Basta indicar al respecto el célebre personaje popular “Minguito”, conocido prácticamente por todos nuestros encuestados. Sin embargo — y esto es el punto importante de nuestra argumentación —, no se les escapa a los espectadores lo caricaturesco de las películas en cuestión. Las respuestas no se limitaban a calificar la televisión como “popular o vulgar”, sino que insistían en la presentación exagerada de estos tipos de habla. Los encuestados eran perfectamente conscientes de lo artificial con que ciertos elementos

lingüísticos, formas “estereotipadas” en la terminología de Labov⁷, venían a servir de señales sociales. Si bien hay representaciones frecuentes de ellas, no tendrán mucha influencia en los cambios del idioma porque están claramente desprestigiadas. Más trascendencia tienen los elementos de prestigio típicos de los estratos superiores, pero estos escapan a la atención de los espectadores. Poco importa que algunas respuestas señalaran este fenómeno también; la mayoría de los encuestados ve el cielo lingüístico por un embudo.

Llegamos al punto más delicado de nuestro examen: el análisis de las preguntas 8 y 9. Pudimos constatar cierta homogeneidad en el juicio crítico y autocrítico de los encuestados: ¿es posible encontrarla también cuando el encuestado debe analizar su propia forma de hablar?

Para investigar este problema planteábamos otra vez nuestra escala de pronunciaciones preguntando al encuestado cuál tipo de habla le parecía más cercano a su propio estilo, fuera en el ámbito formal del trabajo, fuera en el informal de su hogar. Las respuestas darán una imagen de lo que proponemos llamar “actitud crítica individual”.

El primer resultado de las preguntas al respecto no sorprende: en todas las clases, mujeres y hombres reconocen la diferencia lingüística entre situaciones formales e informales, mostrando índices más elevados del tipo (P-V) para las últimas.

Todo cambia cuando miramos los estilos que cada grupo se atribuye mayoritariamente a sí mismo. Frente a la pauta general anterior (“popular-vulgar” para el “colectivero”, “normal” para el “empleado” y “afectado-esmerado” para el “médico”), la actitud crítica individual es radicalmente opuesta: excepto las mujeres de clase baja, la mayoría de todos los grupos pretende hablar “normalmente”. Sólo cuando el encuestado se ve confrontado con su propia pronunciación aparece la indulgencia que habíamos esperado ya antes.

Empezaremos el análisis por grupos con el estrato más bajo, cuyas respuestas son sumamente divergentes.

⁷ Cfr. WILLIAM LABOV, *Sociolinguistic Patterns*, Philadelphia, 1972, pág. 180.

En cuanto al habla formal, las mujeres indican mayormente el tipo "esmerado" de habla (32%) frente a un índice (N) del 40% de los hombres. A esto se añade otra divergencia en cuanto al tipo (P-V), indicado por el 16% de las mujeres y el 46% de los hombres. En cuanto al habla informal, las mujeres mantienen algo de su juicio (E); sin embargo, ambos grupos aumentan las respuestas indicando formas de poco prestigio.

Si tratamos de interpretar este resultado parece justificado decir que las mujeres de clase baja constituyen el grupo que más conciencia tiene del esfuerzo constante por hablar "bien", tanto en situaciones de mayor responsabilidad social, como es el lugar de trabajo, como en su hogar. Si fuera de otra manera, no faltaría por completo el tipo "vulgar" en sus respuestas. Los hombres del mismo nivel social parecen dar menos importancia a la corrección lingüística. En ambas situaciones se juzgan como más "vulgares", junto con un 0% de índices (E) para el estilo formal. La fuerte presión social está presente en las mujeres de clase baja en un grado muy superior a todos los demás niveles: nadie es tan sensible como ellas a la diferencia entre situaciones formales e informales, y nadie reconoce como ellas la carga negativa que el habla "vulgar" padece en la sociedad. Esto salta a la vista cuando recordamos que son el único grupo que no da índices mayoritarios de (V) en cuanto al habla del colectivo.

La clase alta muestra un comportamiento crítico individual bien diferente. Los resultados para el habla formal son muy parecidos a los índices que califican su habla informal. Observamos una mayoría para el tipo (N), con una curva que desciende más rápidamente hacia el extremo (V) que hacia el tipo "afectado". Las diferencias de sexo son mucho menores que en el grupo anterior, con la excepción del habla (A), indicada más por las mujeres que por los hombres; esta diferencia concuerda con el juicio de la clase alta en la pregunta número 3.

La amplitud de las respuestas del estrato en cuestión puede significar que la clase alta cree tener una amplia variedad de estilos a su disposición o que realmente la tiene.

Sería muy arriesgado hacer conclusiones a raíz de nuestros resultados; dada la conciencia del prestigio de su forma de hablar, la clase alta quizá muestre tan sólo una menor preocupación emocional en sus respuestas. Claro está que su actitud queda dentro de ciertos límites: el tipo "vulgar" aparece muy poco en su juicio individual.

Pasaremos por último a la clase media para ver si su comportamiento crítico individual refleja su posición social intermedia o si se destaca por alguna particularidad.

De igual manera que los dos grupos anteriores, el estrato medio muestra índices crecientes para los formas (P-V) en situaciones informales, independientemente del sexo del encuestado. En todos los demás aspectos, sin embargo, ambos subgrupos indican pautas casi contrarias. Esto queda patente, por ejemplo, en los índices mayoritarios. Si las cifras de habla (N) en situaciones formales son parecidas (50% para los hombres, 61% para las mujeres), el índice para el hogar sube al 75% en las mujeres y baja al 42% en los hombres. En el ámbito informal, el grupo femenino conserva algo del habla (E), mientras que el masculino indica más los tipos de menor prestigio social (P-V).

Trataremos de interpretar estos resultados a la luz del comportamiento particular de la clase media observado antes. El alto porcentaje del estilo (N) concuerda con el análisis de la segunda pregunta, sobre todo en cuanto a las mujeres. Su conocida actitud crítica frente a las demás clases parece inexistente en su propio caso. De otro modo no se puede explicar la muy reducida cuota de opciones no "normales". Los hombres del estrato intermedio se acercan más a la clase alta en su pauta crítica individual y no temen tanto como las mujeres las formas de poca estimación social.

Resumiendo los aspectos más notables de esta experiencia, podemos destacar tres factores importantísimos en el juego sociolingüístico de Buenos Aires: el desprestigio social, la dificultad en el juicio autocrítico y la conciencia de variedades del habla. El primer factor pesa más en las mujeres del estrato bajo, el segundo caracteriza al grupo femenino intermedio y el último se da más en la clase alta.

Tres observaciones de parte de nuestros encuestados, cada una de ellas característica de uno de los tres estratos, servirán de ilustración a las cifras, algo áridas:

En las películas, por lo menos, la clase alta enseña a hablar al inculto ⁸.

A veces uso el lunfardo... no me doy cuenta... me parece muy mal, me hiela el oído ⁹.

Cuando la clase alta se aburre, emplea vocabulario lunfardo e imita el gusto popular ¹⁰.

Las dos preguntas siguientes, 10 y 11, se refieren a problemas del aprendizaje del idioma y a la importancia que se le atribuye. Diferencias de clase y de sexo caracterizan el resultado, que no difiere mucho de las pautas expuestas hasta ahora; aun en un problema un poco más alejado podemos observar actitudes consecuentes de cada grupo.

La clase baja y sus respuestas pueden ilustrar lo que acabamos de decir. Seguramente, una de las razones del bajo prestigio de su habla reside en el hecho de que no se presta mucha atención a la educación infantil en este grupo. No nos ocuparemos de los aspectos puramente sociales alegando solamente que gran parte de los encuestados del estrato en cuestión afirma no haber recibido ninguna educación idiomática porque sus padres eran extranjeros o porque hablaban una variante de español poco aceptada en sí (boliviano, paraguayo, chileno).

La situación actual parece ser diferente, sobre todo si nos atenemos a las respuestas del grupo femenino. La inmensa mayoría de estas últimas considera la educación lingüística de los niños como fundamental; en los encuestados masculinos, sin embargo, no encontramos una postura tan unánime: algunos niegan la importancia de este aspecto, otros aprecian más cierta libertad individual. Podemos ver en esto una razón

⁸ Hombre de clase baja, 20 años.

⁹ Mujer de 26 años, clase media.

¹⁰ Hombre de clase alta, 71 años.

del comportamiento más liberal de los hombres frente al habla "vulgar" o "popular".

Las mujeres consideran el papel educativo de manera más rigurosa que los hombres dando mucha importancia a formas de prestigio social. Si bien hay algunas respuestas negativas a la pregunta número 11, ninguna mujer vacila entre la libertad expresiva y la obligación social de corregir el lenguaje infantil, cualquiera que sea la clase a que pertenece. Creemos poder explicar esta actitud por el hecho de que las mujeres se adaptan perfectamente al papel educativo que se les atribuye.

Como ya es costumbre, las mujeres del estrato medio encabezan la tendencia crítica: el 100% de ellas contesta de manera afirmativa a nuestra pregunta; no debería sorprender que este grupo tuviera un oído muy agudo para cambios y neologismos de prestigio social.

Todos los problemas presentados hasta ahora giran en torno a la evaluación de hechos sociolingüísticos actuales, bien presentes en la conciencia de nuestros encuestados. Veamos ahora su reacción frente a un problema más bien histórico y frente a otro, socialmente poco marcado.

La pregunta 12 alude al conocido problema de la inmigración italiana entre 1857 y 1925. Nuestro propósito no es la discusión de las características de tal influencia, llevada a cabo en otro lugar¹¹, sino el análisis de la integración sociolingüística de los italianos; nos basaremos otra vez en el juicio de los habitantes de Buenos Aires.

Preguntando por eventuales particularidades en el español de hijos de italianos nacidos en la capital argentina obtuvimos un resultado ya no relacionado con las clases sociales, sino en concordancia con la edad del encuestado. Mientras que los jóvenes de hasta 28 años de edad reconocían poca anomalía en el habla del "hijo del italiano" (21%), el resto de las personas mostraban un índice del 50%. Teniendo en cuenta que la última corriente migratoria masiva tuvo lugar

¹¹ Cfr. JULIO M. AGUIRRE, "Influencia de la inmigración en el idioma de los argentinos", en *La inmigración en la Argentina*, Tucumán, 1970, págs. 207-231.

hace sesenta años, es evidente que el joven de hoy ya no tiene muchas ocasiones de observar influencias en el habla de sus coetáneos de origen italiano. Pero esta explicación es válida solamente si el aporte italiano se asimiló perfectamente al español porteño. La gran facilidad con que los encuestados de todas las edades alegan ejemplos de léxico de origen italiano en el español de Buenos Aires parece confirmar esta hipótesis.

Echando una mirada al comportamiento de las mujeres del estrato medio frente a este problema, podemos destacar cierta función de control de la pregunta 12. Mientras que en otras ocasiones este grupo se mostró como más crítico, no hay ninguna reacción marcada frente al aporte italiano. Aunque una sola pregunta no sea muy significativa, la indiferencia de las mujeres en cuestión hace sospechar que su hipersensibilidad se limita a problemas de la lengua que están en relación estrecha con valores sociales. Encontramos una confirmación al respecto en las preguntas siguientes.

La pregunta "¿Cómo reconoce Ud. un turista español?" está fuera del contexto sociolingüístico presente hasta ahora; por lo tanto, podemos esperar respuestas menos emocionales, aunque no muy exhaustivas.

Efectivamente, el promedio de las respuestas no arroja más de un criterio (y medio) para definir una variante interpretada mayormente como "español castellano". El análisis por clases sociales no presenta dificultades ni sorpresas: subiendo en los estratos observamos un ligero aumento desde un criterio por encuestado en la clase baja hasta dos como promedio de la capa alta. Esto es normal si recordamos la relación entre clase y nivel educativo. El grado de reconocimiento es alto en su totalidad: sólo cuatro mujeres del estrato inferior pretenden no reconocer un español por su forma de hablar.

En cuanto a las mujeres de clase media no se puede destacar ninguna particularidad. Con un promedio de 1,7 criterios por respuesta se sitúan entre las dos clases extremas.

Desde un punto de vista rigurosamente lingüístico es interesante constatar que la totalidad de los criterios indicados

da una visión bastante completa de las diferencias entre el español porteño y el castellano, incluyendo las de entonación, léxico, morfosintaxis y pronunciación.

Con las preguntas 14 y 15 volvemos a un problema específicamente porteño, cuyo análisis abarca a la vez aspectos lingüísticos y sociales muy complejos: el lunfardo. No queremos añadir otro estudio más al gran número ya existente de investigaciones sobre la historia de este fenómeno; tampoco intentaremos discutir problemas de índole léxico-semántica. Quizá sea más interesante una perspectiva nueva que se nos abre cuando preguntamos por el significado actual del concepto para el habitante de Buenos Aires.

La inseguridad científica frente al lunfardo es sólo una ínfima proyección de la incapacidad total de los encuestados de encontrar un denominador común para delimitar lo que realmente es el lunfardo. Más de cincuenta definiciones diversas, muchas veces antagónicas ofuscan una imagen ya poco clara. No hay lugar para citar todas ellas, pero es interesante observar cómo varía la aceptación del término según las capas sociales.

Reconocido como creación léxico-morfológica de estratos marginales de la ciudad desde el final del siglo XIX¹², el lunfardo parece perder su significado originario para transformarse ya en sinónimo de "sociolecto", confundándose con "habla popular o vulgar", verdadera o afectada, o con el "habla de la juventud (rockera o drogadicta)", ya en equivalente de dialecto propio de Buenos Aires en su totalidad. La interpretación de los encuestados, bastante confusa, no ofrece soluciones: querer definir un fenómeno que ha llegado a ser a la vez todo y nada es pedir peras al olmo.

Si nos limitamos a la primera interpretación, frecuentemente observada en nuestros encuestados, es decir, el lunfardo como sociolecto o lenguaje no-estándar, se destaca otra vez el grupo que más ha llamado nuestra atención en el curso del

¹² Cfr. LUIS ALFONSO, "Tendencias actuales del español en la Argentina", en *Presente y futuro de la lengua española. Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas*, t. I, Madrid, 1964, pág. 177f.

presente análisis. Las mujeres del estrato medio forman el único grupo que muestra espontáneamente reacciones críticas sin ser invitado a hacerlo. Exclamaciones como la de la nota explicativa 9 o una afirmación tajante como "el lunfardo resulta muy feo en la conversación" vuelven a confirmar el pudor femenino frente a formas lingüísticas marginales. No sorprende que consideren, además, la clase baja como más aficionada al lunfardo. Su sensibilidad frente a los cambios lingüísticos queda patente en otra afirmación según la cual el lunfardo es el dominio de los jóvenes.

Las últimas dos preguntas de nuestro cuestionario se refieren a problemas concretos: diferencias de valor social en la realización de dos fonemas.

En la primera aludimos a la pérdida de la "ese" en final de palabra ante pausa, fenómeno ya mencionado en las primeras páginas. Esta elisión está fuertemente estigmatizada en el español de Buenos Aires y la zona lingüística adyacente. En las charlas que mantuvimos con los encuestados fueron confirmados los resultados de un estudio sobre el habla de Bahía Blanca; su autora acusa una tendencia a la elisión, que disminuye cuanto más alta es la clase observada y que además es siempre ligeramente más elevada entre los hombres¹³.

Si comparamos estos resultados con los nuestros que provienen de la pregunta inusual "¿Ud. se come las eses?", quedamos perplejos ante la concordancia perfecta. Subiendo la escala social, el porcentaje de respuestas afirmativas baja considerablemente. En las clases baja y media los hombres muestran índices mayores que los grupos femeninos respectivos; en la clase alta son iguales. El conjunto de las respuestas negativas es del 58%, confirmación evidente del desprestigio social de la elisión. El único grupo aislado es el masculino perteneciente al estrato bajo, cuya mayoría relativa (38%) "confiesa" no pronunciar la "ese" en posición final. Esta actitud está en relación evidente con la reacción más positiva frente a formas de habla "vulgares". El rechazo

¹³ Cfr. M. B. FONTANELLA DE WEINBERG, *Análisis sociolingüístico de un aspecto del español bonaerense. La -s en Bahía Blanca*, Bahía Blanca, 1974.

más pronunciado puede encontrarse — ya no sorprende más — en las mujeres de clase media, que afirman pronunciar siempre la “ese” en un 75% de las respuestas.

La pregunta final del cuestionario alude a un problema fonético-fonológico intensamente discutido: el “Zeísmo”. Esta particularidad se observa en muchos países de habla española, pero es solamente en el área rioplatense donde también aparece socialmente marcado. Aunque merecería un estudio aparte, nos limitaremos a algunos puntos relevantes para el conjunto de nuestras preguntas.

Como el término “Zeísmo” es muy técnico, nos limitamos a preguntar a los encuestados si lo habían oído o no; los resultados superaron todas las previsiones en algunos casos.

Analizando las respuestas en detalle llegamos a la siguiente conclusión: el conocimiento del término aumenta fuertemente con el grado de educación del encuestado y va desde un 17% en la clase baja hasta un 95% en la clase alta, pasando por el 78% en el estrato medio.

Mucho más significativo nos parece aún otro resultado: la correlación consciente de las variantes del fonema /ž/ con la estructura social de Buenos Aires. Esta conciencia llega a un impresionante 53% en las mujeres de clase alta, siendo casi nula en los demás grupos. No hay que olvidar que la pregunta 17 no menciona variantes ni pregunta por ellas.

El grupo de mayor conciencia sociolingüística frente al problema en cuestión distingue expresamente entre una variante “normal”, sonora, una sorda más “popular” y una palatal labializada, propia del habla “afectada” del estrato alto. Las dos primeras observaciones concuerdan con los resultados de un estudio reciente¹⁴. Además, pudimos verificar la autenticidad del tercer argumento durante nuestra estancia en la capital argentina. Sin embargo, el origen de la variante “popular” ha planteado y sigue planteando problemas para la lingüística; la pronunciación labializada no ha sido discutida hasta ahora.

¹⁴ CLARA WOLF y ELENA JIMÉNEZ, “El yeísmo porteño”, en Juan Lope Blanch (ed.), *Estudios sobre el español hablado en las principales ciudades de América*, México, 1977, págs. 299-312.

Si miramos primero el sonido redondeado nos parece adecuado explicarlo por cierta influencia extranjera en los hábitos lingüísticos del estrato superior, sirviéndonos de dos argumentos. Primero, varios estudios sobre el "Žeísmo" insisten en el carácter menos labial de la /ž/ rioplatense frente a la /ʒ/ francesa¹⁵. Esta última bien pudo ser notada implícitamente por una clase que no rehúye por lo general modismos ajenos a su habla. En segundo lugar, fue precisamente en personas de clase alta de origen francés donde más pudimos notar la variante discutida.

Más problemática y mucho más difundida es la otra variante socialmente marcada, el sonido sordo o ensordecido. No hay lugar para alegar los diferentes puntos de vista adoptados por los lingüistas en lo que va del siglo. Nos limitaremos, por lo tanto, a algunos aspectos que nos parecen fundamentales.

Dos estudios recientes atribuyen el origen de la realización sorda a los habitantes femeninos; pero mientras que el primero alude a mujeres universitarias¹⁶, el segundo supone que el grupo impulsor debe buscarse en la clase baja¹⁷.

Nos parece provechoso discutir otra vez más el origen del ensordecimiento a raíz de los resultados anteriores de nuestra encuesta. Al contrario de los estudios mencionados, nos inclinamos a buscar el nacimiento de la variante "popular" en las mujeres de clase media. Una razón para tal hipótesis la encontramos en los resultados de la encuesta: cada vez que preguntábamos por un problema lingüístico socialmente relevante, el grupo femenino de clase media mostraba una reacción hipersensible frente a los estratos ajenos y una postura indulgente frente a sí mismo. En el caso del "Žeísmo" las mujeres del grupo intermedio actuaban de manera indiferente: sólo una reconoció la variante sorda

¹⁵ Cfr. GUILLERMO BÈS, "Examen del concepto de rehilamiento", en *Thesaurus*, XIX (1964), págs. 18-42.

¹⁶ Cfr. M. B. FONTANELLA DE WEINBERG, *Dinámica social de un cambio lingüístico*, México, 1979, pág. 96.

¹⁷ Cfr. C. WOLF y E. JIMÉNEZ, *ob. cit.*, pág. 302.

como "popular", once personas no lo hicieron. La mejor explicación parece ser que se trata de una variante propia de este grupo, precisamente porque su desprestigio social no llama su atención. Si fuera típico de la clase alta no faltaría el reconocimiento por parte de las mujeres del estrato intermedio; si caracterizase las capas bajas, su conciencia sería todavía más acusada.

Una pequeña encuesta anónima con 218 personas llevada a cabo paralelamente al sondeo detallado corroboró la interpretación anterior de los hechos; justifica nuestra metodología con datos empíricos al tiempo que pone a prueba el valor de nuestros argumentos anteriores.

Sin entrar en los detalles del sondeo anónimo que serán descritos en otro lugar, podemos destacar lo siguiente: las mujeres de clase media entre 45 y 60 años de edad muestran la palatal sorda en un 73% frente a sólo 35% por parte de la clase baja. En ambos grupos femeninos este porcentaje aumenta cuanto más joven es la persona; entre 25 y 40 años sigue siendo mayor en el estrato medio (81% frente a 67%), para llegar al 100% en las personas más jóvenes. El grupo femenino joven es el único dentro de la clase alta que muestra ensordecimiento, aunque solamente en la mitad de los casos. El estrato superior parece rehuir más un fenómeno que considera como popular. Concluiremos el presente trabajo con un resumen de las pautas de comportamiento sociolingüístico más significativas.

No hay lugar a duda de que los habitantes de Buenos Aires son altamente conscientes de los nexos entre estructuras sociales y diferencias en el habla. Esta conciencia parece generalmente mayor en las mujeres que en los hombres, sobre todo cuando se trata de formas estigmatizadas atribuidas a las clases más humildes. El factor del desprestigio social condiciona actitudes marcadamente negativas en todas las clases; no se puede observar ninguna reacción comparable frente a las variantes de prestigio. Por esto suponemos que el contacto lingüístico se efectúa más desde arriba hacia abajo; si existe también en sentido inverso, es mucho más limitado y consciente (imitación humorística). La conciencia de la fuerte

estructuración social del idioma parece aumentar con el nivel del hablante, siendo también mayor la tendencia a establecer barreras en los estratos superiores.

Muchas veces aparecen diferencias muy marcadas entre mujeres y hombres, aun dentro de una misma clase social. El primer grupo es más crítico frente a formas de poco prestigio, formas que el segundo grupo parece aceptar más libre y conscientemente.

Las actitudes opuestas de hombres y mujeres presentan problemas de interpretación para muchos lingüistas que las han observado. En vista de nuestros resultados, especialmente los de las preguntas 10 y 11, suponemos que las mujeres corresponden en su comportamiento a las exigencias particulares por parte de la sociedad: en todas las clases les incumbe una gran responsabilidad educativa que siempre tiende a eliminar lo que se considera como negativo.

La conciencia de fenómenos lingüísticos sin fondo social se revela como mucho menor en todos los encuestados. Aunque exista cierta influencia del grado de educación, no llegamos nunca a los juicios homogéneos que cada grupo formula cuando se ve confrontado con hechos sociolingüísticos.

Sea como fuere, el estudio de la opinión de los hablantes puede considerarse como muy útil para investigaciones lingüísticas. No es posible interpretar fenómenos de una lengua sin tener en cuenta un hecho fundamental: la lengua no es algo abstracto, sino el producto del acto social creativo de sus hablantes.

HUGO KUBARTH

Universidad de Graz, Austria.